

Resuenan los cuartos. Parece que hay más eco en el salón. Sí, piensa con añoranza, esta nochevieja somos menos. Echa en falta el bullicio de otros años, la mesa interminable con su gente, con toda su gente. Mira resignada a su alrededor. Su hija, yerno y dos nietas, repantingados frente a la televisión, esperan el primer tañido como si de una competición se tratara, con las manos paralizadas sujetando en pinza una uva frente a sus bocas ligeramente entreabiertas.

Observa divertida. Este año, se dice, muchas cosas han cambiado, pero a la vez nada. Las mismas conversaciones, el mismo turrón duro que ya no puede comer, las mismas acaloradas discusiones para ver qué poner en la televisión y comentar el vestido que lleva, o no lleva.

- ¡Uno!. Grita la más pequeña.

La primera uva es engullida acompañada por la voz chillona de la mujer desde la pantalla. Contempla en su regazo el platillo con doce uvas, peladas y sin pepitas. No vaya a ser que se atragante le ha dicho su hija unos minutos antes. ¿Será posible? Ha sobrevivido al bicho, a guerras, al hambre y, ¿se va a morir con unas uvas? No puede evitar sonreír con el absurdo pensamiento. Total, se dice apartándolas, nunca me han gustado.

- ¡Cuatro!. Escucha de fondo distraída.

Mañana volveré a la residencia, cavila tristemente. Ha sido un año de eterna espera, de horas infinitas sin visitas, aplausos de ánimo, y abrazos de consuelo. Sin embargo, sola. No todos lo han conseguido, rememora. Echa de menos a Félix, a María. Qué triste la despedida. El bicho ha podido con algunos de sus amigos pero no con ella, y no podrá, se dice.

- ¡Doce!. ¡Feliz año!

Sus nietos celebran ruidosamente lanzando confetis y haciendo aullar las trompetillas. No todo ha cambiado, reflexiona. Intercambia emocionada abrazos afectuosos con su familia, la que hoy está a su lado.

Mañana volveré a la residencia. Pero eso será mañana. Hoy quiere vivir, no solo sobrevivir. Mañana será otro día. Claro, se ríe para sus adentros, ya es otro año. Uno mejor.